



4001890
34167124
700

LA COMEDIA HUMANA

REVISTA SEMANAL

15 centimos.



NÚM. 3.

1850

D/11959

LA COMEDIA HUMANA

—♦♦♦—
SUSCRIPCIÓN

Series de 10 núms.
1'25 ptas.

—♦♦♦—

SEMANARIO ILUSTRADO

DIRECTOR

F. MARTÍN GALI

—♦♦♦—
Redacción y Administración

San Pablo, 66-2.
—♦♦♦—

Año I | Domingo 27 Julio 1890 | N.º 3



Aprended flores de mi
lo que vá de ayer á hoy.
¡Ayer maravilla fui
y hoy sombra de mi no soy!

SINFONÍA

FRATÁNDOSE de conceder indulto á un reo, la opinión pública vale mucho más que la de todos los ministros, jueces y demás entidades peritas en legislación y en procedimientos, siendo, como es, el acto de *estrangular*, una satisfacción á todos los ciudadanos.

A pesar de ello, no ha sido bastante la opinión pública á lograr para la desventurada Higinia Balaguer esa prerrogativa humanitaria llamada indulto.

De cada cién españoles, noventa y nueve y medio pedían, unos desde lo íntimo de su corazón, otros á voz en grito, clemencia para la desdichada.

Es que todavía existe la duda de que Higinia fuera la sólo culpable y de que, tal vez, cae sobre ella el peso de la ley (si es que existe, puesto que ley con prerrogativas no es ley ni es nada) cuando quizás existen otros cómplices.

En este estado las cosas y sin más vacilaciones, ha sido llevada al cadalso.

El pueblo ha protestado, repito, y continua protestando de este acto de inclemencia de los conservadores.

En algo se había de crear simpatías el gobierno constituido.

En llevar al pueblo la contraria.

Un hecho odioso más que añadiremos á la historia de la dominación conservadora:

La ejecución de Higinia Balaguer.

El asunto que preocupa hoy los ánimos son las huelgas en Manresa.

Varias señoritas sensibles, que entienden poco de política social, pero sí de política bucólica, están que no les toca la camisa al cuerpo.

Y es lo que ellas dicen:

—¡Dios mío, que será de nosotras si todos esos obreros vacíos, viendo que no se pueden meter nada en el cuerpo, se arrojan sobre nuestros rollizos cuerpos y nos engullen? Porque yo conozco á varios de ellos que al pasar por nuestro lado, han exclamado así: ¡Ah, me la comerial y nos miraban con ojos *hiperbólicos*.

—Nada, nada. será cuestión de meterse en casa y renunciar á buscar noviazgo por ahora.

Esto es lo que opinan las señoritas sensibles, pero lo que es los obreros vacíos, ya opinan otra cosa.

Opinan, ó mejor dicho, presienten que de continuar los patronos, en esta actitud, tendrán que zambullirse á estos, aunque de la indignación revienten.

Por otra parte, los patronos no quieren dar su brazo á torcer y esperan tranquilos el triste fin que se les espera.

Me parece que más resignación no se puede pedir.

Hay de ellos que ya han hecho testamento y dejan sus bienes para que se lo digan de misas.

Mientras tanto el Gobierno y las autoridades se preocupan..... en tomar baños de mar.

Así andarán ellos frescos.

Los demás calientes. •

Al revés del adagio

El señor Peral, inventor del submarino que lleva su nombre, (si es que Vds. no lo sabían) sigue soportando con resignación cristiana las

comilonas que por *doquier* se le presentan.

A las ocho, almuerza en casa.

A las nueve con amigos íntimos.

A las diez con la Duquesa Puf.

A las doce con el Barón Gaita.

A la una toma café sólo, en compañía de todos los del gremio de la armada.

A las dos toma té con azúcar en el gabinete de la señora Perifollos.

Mas tarde merienda á la vizcaina, es decir con varios de Vizcaya.

A las siete come en el palacio de Melicof.

A las ocho no come nada, pero se prepara á comer un cubierto de á veinte duros con licores escogidos y puros naturales, en casa de Lardy.

Toma café, quince ó veinte veces más, después más tés y otros tente-en-pie para no caerse y por fin duerme tranquilo hasta el día siguiente que repite.

Esto le ha preocupado á un admirador suyo y está redactando una instancia que elevará al gobierno, para que le prive todos esos regocijos estomacales, alegando que de continuar así, tendriase que inventar otro nuevo submarino para poder llevarle á flote conveniente.

* * *

La sociedad protectora de animales celebró en Londres el día 19 de los corrientes su reunión anual.

En ella se habló de los animales, como si fueran hijos de sus entrañas.

Se trató de la abolición de las corridas de toros.

Dicen que cuentan con grandes influencias en Francia é Italia pa-

ra que sean suprimidas por completo.

El presidente declaró, que después de conseguido el objeto en Francia é Italia tratarán de conseguirlo en España.

Dijo que si querían toros que se torearan los mismos hombres, á lo que respondió una aristocrática dama protectora animal.

—Mi marido sirve para toro. Dispongan ustedes de él.

EL EMPECINADO.

LOS GANSOS

(CUENTO)

Pues señor, en un estanque de cuatro varas en cuadro, tenía su residencia una familia de gansos, todos ellos envidiosos y además mal educados.

Siempre en dimes y diretes sobre quién era más guapo por un «quitame esas pajas» armaban el gran escándalo. y á los pobres pececillos tenían alborotados.

Un ganso de negra pluma, á quien respetaban algo, sin duda alguna por ser entre todos el más bárbaro, (que siempre tuvo la fuerza, mucho que ver con el mando),

Cansado de tanta bulla y ya de discordias harto, quiso buscar la manera de arreglar aquel cotarro.

Con el objeto de ver si se entendían graznando, citó á todos á consejo y así que todos llegaron, tosió y les dijo:—«Señores: es decir, les dijo:—Gansos:

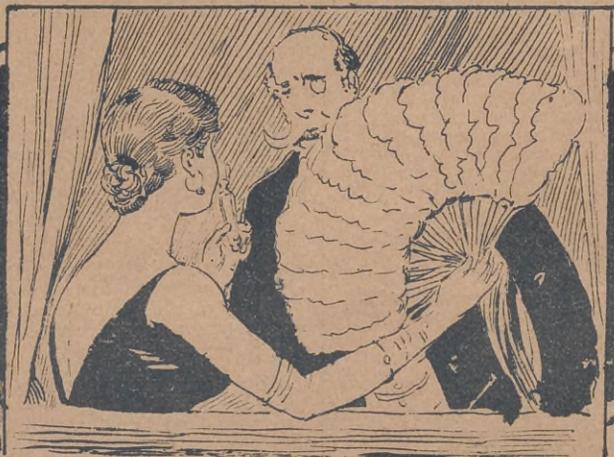
En vista de las discordias que teneis á cada paso, y como de esta manera

CONFIDENCIA



—Cómo sabes tú que mi marido usa calzoncillos de seda?
—Porque me lo ha dicho nuestra amiga Angelita.

ALGO



—A mí me gustan los hombres de edad y de peso
—De pesos... duros?



—¿Conoces á mi Papá?
—No lo sé; como tu mamá cambia de marido todos los días.



¡Qué caracoles aquellos!
!!!Caracoles!!!...

no es posible que sigamos,
 porque este estanque es muy chico
 para contener á tantos,
 y esa es la causa de todos
 los disgustos, he pensado
 que nos vayamos al mar,
 que allí estaremos muy anchos.

¿No veis cómo los vapores
 surcan los mares? pues vamos
 á hacerles la competencia
 y á ver si los achicamos.

¿No nadamos mejor que ellos?
 ¿Por qué no hemos de ser barcos?

—¡Olé!, que viva la gansa
 que te echó al estanque!

—¡Bravo!

—¡Grazna este tío de un modo
 que llega al *foie-grás*!

—¡Te pago
 unos sorbos de agua clara
 y una ración de gusanos
 porque has estado muy bueno!
 —¡Viva tu *pata*!

—Estimando!

¡Qué alegría que algazara,
 cuando en el mar se internaron
 y ébrios de placer se vieron
 dueños de tan grande espacio!

El mar, sereno al principio,
 se fué despues agitando;
 estalló una gran tormenta,
 tendió la noche su manto,
 y entre los montes de espuma
 y á la luz de los relámpagos
 los gansos por imprudentes
 murieron todos ahogados,
 y diz que uno de ellos dijo:
 —Nos está bien empleado
 por hacer una gansada,
 cosa muy propia de gansos.

* * *

¡Conozco á más de un *talento*,
 que dejándose vencer
 por la vanidad, va á hacer
 lo que los gansos del cuento.

EMILIO DEL VAL.

HOMEOPATICAS

Viendo la suerte inhumana
 que á un infeliz perseguía,
 Otro le dijo:—Confía
 resignado en el mañana.
 Y al escucharlo el paciente
 respondió.—Me haces reír,
 ¿qué le importa el porvenir
 al que no tiene presente?

Como la bola de nieve
 van creciendo mis pesares,
 y en cambio se diferencian
 en que nunca se deshacen.

Elijen las mujeres para amantes
 á los hombres de vida disipada
 que para esposos rechazaron antes.

Lllaman cobarde al suicida.
 ¡Como si el valor no fuera
 el desprecio de la vida!

Quién estuviera á tu lado
 y te pudiera abrazar
 lo mismo que la culebra
 se enrosca en el atochar.

En la vida ¡cuántas veces
 de los viejos nos burlamos
 y á sus amores llamamos
 injustamente chocheces!
 Siendo el amor el reflejo
 del incendio arrollador,
 que es más rapido y mayor
 en un edificio viejo.

ENRIQUE J. DE QUIROS.

Amor de madre

NADA hay tan respetable para
 mí como una madre.
 Pero su natural cariño hacía sus

hijos resulta á veces tan exagerado y ridículo, que estas madres á quienes yo tanto respeto, han sido con frecuencia mi pesadilla.

Va uno de visita á su casa y lo primero que se les ocurre para obsequiarle es hacerle la presentación de sus pequeñuelos.

—Ahora verá usted, Fulano, que mono está mi Arturito.

Efectivamente, Arturito parece un mono de la jaula del Parque.

—Dale un beso á este caballero, e dice en tono cariñoso su mamá.

—No quiero, responde el niño metiéndose los dedos en la nariz.

—Ve usted? Es muy travieso y muy listo.

El niño no me ha besado, de lo que yo me congratulo porque lleva la cara llena de chocolate, pero en cambio se ha apoderado de mi bastón y de mi sombrero.

Su madre intenta reñirle, pero yo á fuer de galante la digo:

—Dégele V., si me hace mucha gracia.

Y si vieran ustedes la gracia que me hace verle apabullar mi hongo y hacer trizas mi bastón...

Cuando Arturito ya ha hecho confianza conmigo, se sube sobre mis rodillas y me tira del bigote, me descompono el lazo de la corbata, se apodera de mi reloj para oír la *ratita* y me llena de babas el rostro.

A todo esto su madre ríe llena de satisfacción y dice á cada momento:

—Pero muchacho estate quieto na ves que molestas á este caballero. Es muy listo este muchacho.

—Dégele usted, respondiendo yo, si á mí me gustan mucho los niños.

Si por desgracia le invitan á uno á comer en una de estas casas donde hay niños, no puedo pintar á ustedes con los vivos colores de la

realidad lo que sufre el infeliz convidado.

Es delicioso ver como meten los dedos en la salsa y se los pasan después por la cara á su madre ó á usted si le tienen próximo. Todo esto acompañado de gritos, tirones de mantel, y derramamiento de las copas de vino.

El convidado, naturalmente, ha de reír á cada una de estas gracias.

Y esto de reír uno de lo que está haciéndole rabiar es superior á las fuerzas de cualquier Job.

Estas comidas de confianza casi nunca suelen terminar bien.

El Benjamin de la casa, que nunca se está quieto, suele á lo mejor caerse de espaldas arrastrando tras sí todo el servicio de la mesa.

La madre se levanta azorada, el padre pálido y descompuesto y el invitado, por no ser menos, también hace ademanes de sobresalto por más que en su interior casi se alegre del incidente.

El niño en tanto berrea como un becerro.

Todo por un momento es barullo y algazara.

La doméstica corre por ármina á la botica, el padre pone papeles empapados de vinagre en el chichon que se ha hecho en la cabeza el angelito, y la madre llora cada lagrimita como una naranja mandarina, creyendo que el hijo de sus entrañas va á morir de aquel golpe.

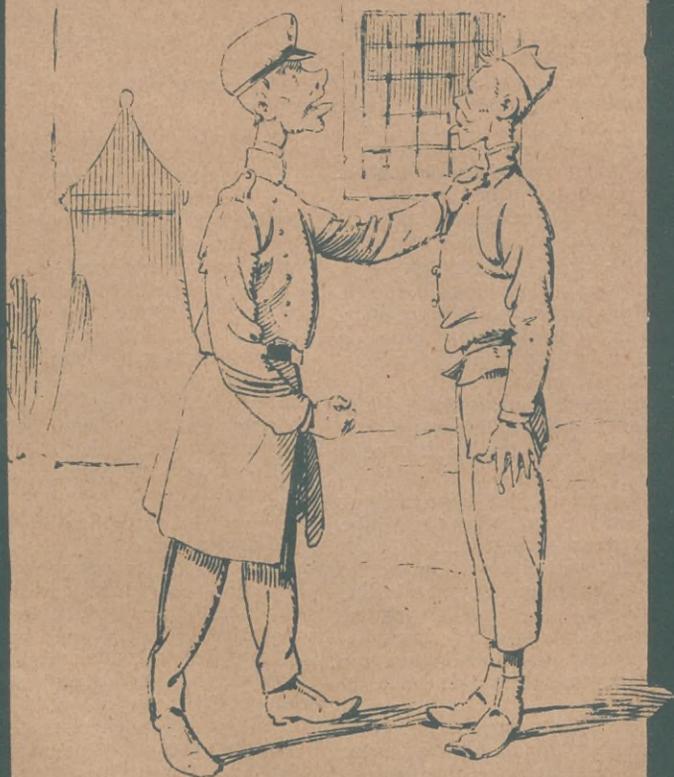
Escuso decir á ustedes que ya no hay que pensar en continuar la comida.

A todos se les ha quitado el apetito con el susto y no es cosa de que os sentéis sólo á la mesa.

De modo que después de haber pasado un mal rato os habeis quedado sin comer.

Nada os digo, pues, cuando los

LA DISCIPLINA



—Si camelas á Avelina
te romperé el esternón,
yo la quiero, y sumisión
te manda la disciplina.

NUESTROS MUNICIPALES



—Noy dós del sec, y aprisa que vá á pasar el cabo.



—Y sabes tú lo que digo? pues que sinó es uno será otro el que suba.



—La plaza de San Jaime?
—Despens. no sé de quina plaza me habla.



—Rascnes tenemos? pues me las guillo; despues volveré á ver que ha sido aadó.

Escaler

niños son recién nacidos y las madres primerizas.

Cada momento os están diciendo:

—Mire usted que gordo y que hermoso está, sospésele usted.

Y tenéis que cojerle y sospesarle como á un pavo de Navidad.

Los niños en esta edad no se parecen á nadie, sin embargo guardados bien de no afirmar de acuerdo con la opinión de su madre que se parece á su esposo ó á su abuelo ó al niño Jesús que hay en una de las capillas de la Catedral,

Apenas tiene el niño tres meses y ya dice su madre:

—Este muchacho será muy listo (es el afán de todas), si viera usted que monadas hace ya, parece que quiere reirse... y hablará muy pronto porque todo el día se lo pasa diciendo: ¡jooooo, jooooo!

—¡Oiga, parece mentira! Si hoy los niños están muy adelantados.

El padre no dice nada, pero hace signos de afirmación y abre la boca lleno de asombro porque su niño hace *jooooo, jooooo* á los tres meses.

¿Pues y los cuidados que tienen con el chiquitín?

—Cierra el balcón que la luz le hace daño en los ojitos.

Y se pasan el día en tinieblas y están tristes y ojerosos de no ver nunca el sol y se ponen amarillos como las lechugas puestas á la sombra.

—Mira, Homobono, el niño se rasca la barriga y ese no debe de ser buena señal, habrá que avisar al médico.

Mira, Homobono, el niño ya no hace *jooooo, jooooo* habrá que avisar al médico.

Y así se pasan el día observándolo continuamente para ver las monadas que hace y para conjetu-

rar mil enfermedades imaginarias.

Madres hay que á fuerza de cuidados suelen matar á los pobres niños

En fin, sería interminable enumerar las mil chifladuras de las madres respecto á sus hijos y los mil inconvenientes que tiene para con el prógimo esta chifladura.

Para no hacerme pesado acabaré dando un buen consejo á mis lectores:

Huid de las madres primerizas que tengan hijos pequeños.

V. S. CASAÑ.

ROMPIMIENTO (1)

—Mira, mañana te espero junto á cacharrería

de Onofre; si quieres bajas, y si no te estás arriba.

—Pero dí, ¿por qué no subes?

—Porque tu madre, Francisca, es muy bestia, y yo no quiero tratar con callerías.

—No la faltes.

—Ca, si la hago mucho favor *entoavía*;

sólo que tú, por lo visto, vas haciéndote muy fina y te *atufas* en cuanto alguien se mete con tu familia.

¿Me ofendo yo cuando dicen algo malo de la mía?

No. ¿Por qué me he de ofender si es *verdã lão* lo que digan?

—Bueno, ya sé que lo que haces con todas esas pamplinas es preparar el terreno para buscar la salida.

¿No te parece?

—Lo que hago es tragar mucha saliva.

(1) Del libro MIGAJAS.

—¿Por qué?

—Porque no me quieres, ni me has querido en tu vida.

—¡Que casualidad!

—Pues claro.

Vamos, al que se le diga que después de cuatro meses de relaciones *continuas* estamos, como quien dice, lo mismo que el primer día...

—¿Quieres variar? Nos casamos y verás cómo varías.

—Me da vergüenza.

—Lo creo;

y hasta ver si te se quita, ¿*pa* qué has de buscar mujer si puedes tener...?

—¡Francisca!

—Como estás *acostumbrao* á tratar con la *Donísia*, que es tan *frígil*, no me extraña que andes á caza de *primas*; pero te *avuerto* una cosa.

—¿Cuál?

—Que á esta personita no hay quien la toque en el mundo sin ir á la Vicaría.

—Pues *pa* rato tienes.

—Bueno.

Así como así, *entocavía* no *nescito*, á Dios gracias, qué ningún hombre me vista, ni que me de *pa* el casero, ni que me compre sortijas, como esa señora *bufa* que tú conoces.

—¡Ay chica!

Cualquiera que te escuche se va á pensar que eres hija de algún príncipe lo menos.

—Toma, otras cosas habría más difíciles.

—¿Pues sabes

que en cuanto que te decidas á quererme, voy á ser un personaje, Francisca?

—Pero como que no pienso decidirme mientras viva, te quedarás de lo que eres: de *méndigo* y compañía.

—¿Lo has *pensao* bien?

—Me parece.

—De modo que...

—Ni tan *prima*.

Eres muy poquita cosa; ya te lo he dicho.

—Pues mira:

voy á ver si encuentro un duque y te le traigo enseguida; pero no estará de más que te pongas ropa limpia porque le va á dar mucho asco si te ve así, tan cochina...

—Hombre, vaya uste... á páseo, *so boceras*,

—¿Pican? ¿Pican?...

J. LOPEZ SILVA.

TIPO ANDALUZ

Con risueños pensamientos é ilusiones halagüeñas, mientras las horas que pasan se rien de su impaciencia, al contemplarla tan sola detrás de la verde reja, está la niña esperando al novio que nunca llega, pues la cita era á las siete y han dado las ocho y media.

Es preciso que esté loco para que al cabo no venga, porque es la muchacha hermosa como ensueños de doncella. Tiene los ojos más negros que el porvenir de una vieja, ó que corazón de avaro, ó que intensiones de suegra.

También es negro el cabello, con el que forma dos trenzas, que le prestó la hermosura al amor, para cadenas con que prende corazones, y voluntades sujeta; entre ellas lleva una rosa, hacia atrás de intento puesta pues si estuviese en su pecho colocada, fácil fuera que al ver las de sus mejillas se muriese de vergüenza.

Tiene por boca un clavel, ó mejor, una cereza, partida para que dentro los blancos granos se vean.

REFLECCIONES POLÍTICAS



—Nos apalestó don Antonio en su subida.
—Si no nos conservan en nuestro empleo, Azores
porqué se llaman después conservadores?
—Anomalías son esas de la vida.



Niña hermosa y hechicera
que para mí la quisiera.

Parece esto una exposición
de mujeres hermosas. Aun-
que bien pensado, aquí los
expuestos somos los hombres.

Y tiene la piel suave,
ligeramente morena,
tostada, no por los rayos
del rojo sol de su tierra,
por el calor de la sangre
que circula por sus venas.

No es alta; su talle no
es de lirio ni palmera,
pero tiene una cintura
tan estrecha, tan estrecha,
que bien pudiera ponerse
por cinturón la pulsera.

Su pecho es alto y redondo
y abultado, porque quepa
dentro de él todo el caudal
de su amor y sus ternezas.

Y son mórvidos sus brazos,
y son sus manos pequeñas,
y delicadas sus formas,
y redondas sus caderas,
y sus pies tan diminutos
que parecen dos almendras.

Y allí está, esperando al novio
detrás de la verde reja,
sin cansarse, sin notar
que las doce están ya cerca;
pues la mujer andaluza,
aunque desespere, espera,
y de sus celos se olvida
distrayendo su impaciencia,
con risueños pensamientos
é ilusiones halagüeñas.

EDUARDO GARCÍA.

Ceniza

Chisporroteando y colocados sobre dorados morillos, á manera de puente, los añosos y secos leños de encina, primero se agrietaron y chillaron al impulso de las brasas que bajo ellos formaban hornillo, para después corenarse con un penacho de chispas y llamas. El interior de la chimenea parecía una reducida decoración del infierno. Montones de ceniza ligeramente

ondulados, semejando diminutas cadenas de montañas cubiertas de nieve, rodeaban las ascuas inferiores, que ofrecían el aspecto de una gruta de fuego en miniatura.

La habitación, solamente iluminada por la luz de los leños, presentaba un conjunto siniestro. Oscura en sus rincones, ya más en el centro iba la claridad como atreviéndose á dejar un pálido destello de su claro brillo, que, poco á poco, creciendo y acumulándose, formaba frente de la chimenea un vivo resplandor rojizo.

En este mismo sitio, porque la claridad es mayor, es donde coloco al personaje que hoy quiero presentar á mis indulgentes lectores. Pedro se llama, y es, en verdad, un pobre loco, que á fuerza de perseguir constantemente ideales imposibles, ha conseguido deshabitar su cabeza de la razón y el juicio. Enamorado ciegamente de una mujer, ésta no le comprendió y desdénó sus amores. Pedro, antes de enloquecer, tenía talento, y de aquí su desdicha; pues la mayoría de las mujeres no comprenden más que á los hombres faltos de mollera privilegiada. Después de muchas dudas é indecisiones acerca de la conveniencia ó no de declarar su amor, hubo de decidirse á hacerlo, encontrándose el pobre con una carta en la que sus hermosas ilusiones murieron á la lectura del texto, frío en extremo, como mueran las hojas á los soplos de otoño. Fué para Pedro esto un golpe mortal, que acabó con los buenos colores de su cara, aumentó sus ojeras, afiló sus narices y dió á sus pupilas toda la melancolía y tristeza imaginables. La por Pedro cortejada, pertenecía á la alta aristocracia, y frecuentaba los más elegantes sa-

lones; ¡y, claro está! como nuestro héroe, por su natural índole, no hacia la vida del gran mundo, creyeronle ella y sus amigos un cursi á cartas cabales. Cortadle á un burro las descomunales orejas que le son características, vestidle frac y corbata blanca, calzadle zapatos de charol y guantes que oculten sus pezuñas, ponédle lentes, enseñadle á hacer cortesías, dejadle en medio de un salón, y no dudeis que, apesar de los rebuznos, hará buen papel entre los concurrentes.

Mas no gastemos en digresiones el tiempo que nos hace falta para que ustedes conozcan á Pedro.

Ahí le teneis: sentado en un sillón frente de la chimenea, cuya luz le ilumina, vestido de máscara con un capuchon de raso blanco.

Como la careta la tiene en la mano izquierda, ocasión tenemos de ver su cara, simpática en extremo, de color blanco leche' sombreado por cabellos, cejas y barba negros como el desengaño. Sus ojos castaños miran con dulzura y apasionamiento, si bien la melancolia les presta cierto sello sombrío. Nada le falta, con el traje blanco, para semejar un moro de las antiguas leyendas.

Y dice, con la vista fija en la lumbre, aislado de cuanto le rodea: —Martes de Carnaval ¡triste recuerdo conservaré de ti! Me dijeron por la mañana, que se casaba con otro la ingrata á quien amé. ¡Hay personas que se complacen en triturar el corazón de sus semejantes! Decidí, medio loco, disfrazarme para saber por mi propio lo verdadero de la noticia, y, ¡ojalá tal idea nunca se me ocurriera! Dicen que el carnaval muere: ¡ay! esta tarde estaba en su apogeo...—Llegué al Prado cuando el tumulto de las

máscaras era mayor. Confusión, gritaría, desorden y bullicio se habian allí dado cita. Corro, busco, tropiezo, doy codazos, me insultan, y hasta silban..., pero nada escucho, fija en mi mente la idea de encontrarla y preguntarle por su boda. Los minutos se me hacen siglos. El sudor abrasa mi cara y ablanda mi careta. ¡Dios mío qué angustia! Pasados algunos momentos, veo avanzar su coche... ¡Ah! sí... era *ella!* Con su misma gracia, con su igual indolencia, rodeada de una aureola de luz que exalaba su purísimo cuerpo, contraía sus mejillas de rosa para enseñar sus dientes de nardos á una máscara que la embromaba. ¡Quizás mi rival; el que me robaba la dicha! Dudé de subirme, pero al cabo me decidí, y poniendo la voz atiplada, empecé á decirla... ¡qué sé yo lo que la diría! ¡Ni lo recuerdo siquiera! Lo que si recuerdo es que oí de su misma boca mi terrible sentencia. Era cierta la noticia. Iba á casarse con otro ¡Las puñaladas dirigidas al corazón, nunca yerran!

Al callarse, hundióse en el sillón y comenzó á llorar como un niño.

De pronto, como impresionado por una brusca y repentina inspiración, se levantó y despojó de su disfráz, que en unión de la careta arrojó á la chimenea, diciendo:— Vosotros me habeis servido de mediadores para acercarme á ella; pero también os debo la hiel de mi desengaño. Os condeno á las llamas. ¡Al fuego, hopa de mis ilusiones, sarcasmo de mi soñada ventura!

El fuego, que era ya mortecino revivió con grandes resplandores iluminando la habitación intensamente durante algunos minutos.

EN EL MAR



— ¡ Si supiera él lo que se ha perdido en no seguirme hasta aquí!....

CONSECUENCIAS



Antes de fumar un puro de á medio real

A mitad dé fumarlo

Después de fumarlo.

Volvió Pedro á sentarse, y siguiendo con vivo interés el curso del fuego originado por su disfráz y careta, pensaba: — ¡Todo lo del mundo es igual! Primero, gran entusiasmo; después, indiferencia; primero, llamas atroces que pretenden arrasarlo todo con su impetu; después, frías cenizas que hieñan cuanto rodean: ¡hoy hierven la esperanzas con la vida bajo mi cabeza, mañana, cuando muera, mi calavera hueca no guardará nada en su seno! La leña en la chimenea produce llamas hermosas que alegran el ánimo y rejuvenecen el espíritu, pero sufre igual término que todo: se convierte en ceniza.

Yo tuve un día risueñas ilusiones que se vieron marchitas en una carta... ¡quiero que esa carta también se convierta en ceniza!

Esto pensando, se registró precipitadamente un bolsillo, del cual sacó la carta en que despreciaron su amor sublime, y la arrojó al fuego.

Casi al mismo tiempo que el papel se quemaba, Pedro, rendido por tanta contrariedad como había sufrido durante todo el día, se quedó dormido.

No lo había hecho, cuando la chimenea, que necesitaba alimento de leños, privada de él, comenzó á palidecer poco á poco, partiéndose los troncos en áscuas, y éstas consumiéndose lentamente, hasta no quedar más que una masa informe de ceniza.

A la siguiente mañana, se encontró Pedro, al despertarse, completamente á oscuras. Se dirigió á tientas al balcón, por cuyas vidrieras entró un torrente de clara luz, apenas lo abrió.

Cogido que hubo un poco de ceniza de la chimenea, dijo en alta

voz:—Miércoles de Ceniza; no voy á la Iglesia á tomarla. Hé aquí la de mis ilusiones. ¡Con ella me haré la señal de la cruz en la frente! De sobra lo sé; lo mismo que todo lo mundano, polvo soy y en polvo me he de convertir.

FEDERICO DE SANCHO.

Cantares

—
Miré al cielo de tus ojos
y ví que estaba nublado;
te abracé, llovieron lágrimas....
y se quedó despejado.

—
Con mi corazón jugaste
y yó en el juego he ganado;
lloras más que te has reído
me rio más que he llorado.

—
El mirar de tu mirada
es un mirar muy maligno;
á unos les quita las penas,
á otros les roba el sentido.

—
De la noche en el misterio
Mi espíritu vá á buscarte,
á tí llega, te dá un beso,
y regresa á consolarme.

F. CABAÑAS VENTURA.

—
Quisiera que fueses muda,
yo sordo como una tapia,
y estarte despues besando
hasta oírte decir basta.

—
Ámame, Bárbara mía;
¡ay! no me dejes de amar!
porque si no me amas, Bárbara,
hagó una barbaridad.

JOSÉ RODAO.

¡OTRO TALLA!

No existe en el mundo un ser tan amigo de jugar como ese ser singular que se intitula mujer.

Juega, de niña, sin tasa; de joven, gozosa juega; y hasta á los juegos se entrega cuando de cincuenta pasa.

Son sus juegos infantiles perseguir las mariposas y cojer las frescas rosas que crecen en los pensiles.

Al despuntar los albores de su juventud florida, se entrega con alma y vida al juego de los amores.

Se casa, y juega afanosa con sus hijos desde luego; siendo este el único juego lícito para la esposa.

Y cuando apaga la edad de sus encantos el brillo, juega con un falderillo con mucha formalidad.

Así las horas pasando, entre ganar y perder, vive alegre la mujer eternamente jugando.

No hay jugador que dispute á la mujer la ventaja; ella juega sin bara a y á cualquiera le da un *tute*

Ella, que sabe al dedillo esquivar cualquier ataque, tras de ponernos en *jaque* nos da á menudo *codillo*.

Ella, aunque cariño sienta, con desdenes nos abruma, y á la vez que nos *despluma* nos *acusa las cuarenta*.

Y siempre, aun las menos listas, poniendo su ingenio á escote,

dejan al hombre *capote* pues juegan á cartas vistas.

Yo, que del juego reniego, juguete de un angel fui, y el cariño que me di lo llegó á tomar á juego.

De aquella pasión temprana el recuerdo me da frío, pues me ugo el angel mío una partida serrana.

Desde entonces, por huir de sufrir nuevo dolor, en el juego del amor no he vuelto á *verlas venir*.

CARLOS CANO.

EL TEATRO

—¿Está el señor empresario?
—Servidor.

—Muy buenos días; yo soy Trinidad Conejo, y esta muchacha es mi niña. Queremos...

—Usted dirá.
Entrar en su compañía.
—¿Pero usted?...

—Yo, no señor; quien quiere entrar es mi hija, ¿Si viera usted cómo canta? Tiene una voz superfina. Canta un poco.

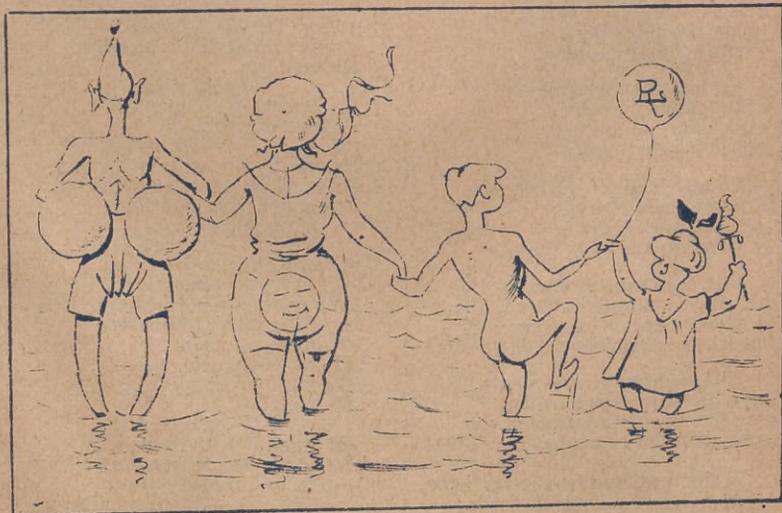
—No, señora; si basta que usted lo diga.
—¿Pues y declamando? Vamos, no hay en el teatro *actriza* que la iguale; la Mendoza se queda así pequeñita. Ahora, como está delgada, al pronto no se adivina; además...

—No, si es inútil, señora, que usted prosiga. Yo no puedo tratarla.
—¿Por qué razón?
—Bien sencilla;

LA ARISTOCRACIA EN REMOJO



—Me parece que he cojido un pez.
—Ya lo había notado.



—Mira, Cenon, no profundices mucho.
—No me dices eso otras veces.

MENUDENCIAS



—Si la Paca viene
sin los cinco duros,
reviento á don Cosme
¡Si seré yo brute.



—¿Querrá un peinado sencillo
verdad, señor de Armentera?
—Y afeíteme usted la cara
más no me toque la pera.



le falta lo principal;
unas buenas pantorrillas.

AGUSTÍN R. BONAT.

Teatros

LAS TRES CRUCES

ESTÁ visto que nunca he de hallarme de acuerdo con el público ni con los críticos, y es una desgracia porque así jamás alcanzaré la patente de sabio.

Las tres cruces, comedia del señor Herranz, alcanzó el jueves de la semana pasada, un éxito muy poco lisonjero en el teatro de Novedades.

La prensa toda, de acuerdo con el público, ha convenido en que la obra es mala.

Todavía me estoy haciendo cruces de que *Las tres cruces*, no hayan gustado.

Pero lo que más me extraña es que los periódicos locales den, en un todo, la razón al público.

No es esto decir que la obra en cuestión me parezca una comedia sin tacha: nade esto; pero sí que dista mucho, muchísimo de ser una producción mala.

No es costumbre en Barcelona, salvo raras y honrosas excepciones, hacer críticas razonadas de las obras dramáticas que se estrenan en nuestros coliseos. Los revisteros de teatros se concretan, la mayor parte de las veces, á decir que la obra es mala ó buena, según su criterio, y aquí paz y despues gloria.

Por eso quizás, no he sabido yo

ver por qué han censurado la últimamente estrenada.

Las tres cruces tiene en mi concepto, defectos gravísimos, pero, también en mi concepto, innumerables bellezas que eclipsan aquellos pocos lunares.

La versificación es fácil y correcta, á pesar de un colega local que asegura, sin probarlo, que está plagada de ripios; el diálogo es natural, espontáneo y apropiado á los personajes y á las situaciones; están escrupulosamente guardadas las unidades de lugar y tiempo, y los caracteres dibujados con verdad y sencillez.

Ahora bien, la obra no tiene argumento, si por argumento se entiende esos complicadísimos embrollos de algunas comedias inspiradas en el mal gusto francés. No hay aquello de buscar á un hijo que luego resulta ser abuelo de su padre, y casado con una mujer que no es mujer sino cabo de la Guardia civil. No hay adulterios, ni problemas trascendentales, ni efectos de relumbrón, ni ninguno de esos vulgarísimos patrones que sirven para hacer comedias al gusto del día.

La acción de *Las tres cruces* es sencilla, natural, sacada de la realidad de la vida. No se propone resolver ningún problema, pero sí dar una lección útil y moral ridiculizando á los mal pensados.

Precisamente esta carencia de argumento (?) encierra para mí un doble mérito que no se ha querido comprender por algunos.

Sostener tres actos el interés del público sin ninguna trama ni complicación ninguna, es un *tour de force* superior á las fuerzas de muchos autores.

La obra podrá carecer de interés

para ciertos espectadores, pero esto no quiere decir que sea mala.

No se crea que todo me pareció miel sobre hojuelas, no señor.

Encuentro inocente y pueril la reyerta del primer acto causa de los celos de Asunción y de Eugenio; encuentro impropia la injerencia de los criados en las cuestiones de familia; encuentro estudiada y sainetesca la salida de estos mismos criados en el final del segundo y tercer acto, y encuentro, en fin, á la obra un gran parecido, en el fondo, con la *Bola de nieve*, del insigne Tamayo.

Ya ven ustedes si encuentro defectos que censurar.

Tanto mis censuras como mis elogios podrán ser equivocados, no lo dudo ni pretendo lo contrario, pero procuro aducir razones para defender mi tesis y que el público me dé ó me niegue la razón.

Porque yo entiendo que el crítico no es infalible, no está exento de equivocaciones y por lo tanto es muy pedante y de muy mal gusto salir diciendo:

Esto es malo: Esto es bueno, solamente porque yo lo digo.

Y sucede muchas veces (no señalo á nadie) que quien tal dice, ni conoce los preceptos de la dramática, ni ha estudiado nuestro teatro, ni conoce la literatura más que de oídas. Juzgan sólo, como otro cualquier espectador, más ó menos ilustrado, y aplauden cuando todos aplauden y *pegan* cuando todos *pegan*.

La crítica tiene, en opinión mía, una alta misión en la prensa: dirigir y aquilatar el buen gusto del público señalándole lo bueno y apartándole de lo malo; pero señalando los defectos y las bellezas para que el lector forme opinión

propia y se habitue á *saber distinguir*.

Pero para esto se necesitan, entre otra infinidad de condiciones de instrucción, talento, etc., una imparcialidad á toda prueba y un criterio ageno á camarillas y sociedades de bombos mútuos.

Algún malicioso, de esos que contestan con chistes y no con razones, encontrará tal vez, que estoy dando á entender que aquí el único crítico soy yo.

El chiste merecerá reirse, pero no aceptarse.

Yo sólo tengo dos únicas condiciones de crítico; la buena intención y la imparcialidad.

Las condiciones restantes hay varios en Barcelona que las tienen, pero no abundan ó escriben poco, y no cito sus nombres para que no pare ca esto un bombo (frase al uso) y porque son harto conocidos de todos.

Y punto, que me estoy extralimitando y acabará por aparecer esto un sermón.

Las tres cruces, me parece (en resumen) una obra digna de aplauso, á pesar de sus lunares, y, sobre todo, correctamente versificada.

Dixit,

PABLO DE SEGOVIA.

Á LA BANCA

Pues, señor, era preciso, que ella era su novia al fin, así es que el pobre Agustín se hallaba en un compromiso.

Puesto que la novia tal, que se llamaba Sofia y era muy guapa, ir quería al baile de Carnaval.



—Trabajar yo bien querría,
más, según dice Ramir,
la noche es para dormir:
para descansar el día.



Doncella sin desperdicio
que entrará á todo servicio.



—Nada, que no me *cametas*
porque soy músico viejo.
—Váyase *ustez* so tipejo
si no tiene *ustez* dos *petas*.



—Pero mujer, siempre vienes con nuevas exigencias!
 —Pues si no fuera por eso ¿sería para tí este cuerpo sandunguero?
 —Pues si no fuera sandunguero ese cuerpo ¿te serviría, yo de primo?

Era forzoso acudir al baile con su adorada, más pensó que.. nada, nada, que tenía que asistir!

Como en ocasiones tales pagar el novio debía, y el muchacho no tenía nada más que veinte reales.

—¿Cómo salir del apuro con solo un duro? —esclamó— dió en el *quid* y resolvió dar *cuatro golpes* al duro.

Y echó en guarismos cabaletas de esta manera la cuenta: cuarenta el palco y sesenta la cena, justo: cien reales.

Y como medio mejor no adivinó su magín, ved aquí al pobre Agustín convertido en jugador.

En la banca al encontrarse, hasta el pulso le temblaba, y el pobre Agustín dudaba entre marchar ó quedarse.

Más decidiéndose al cabo, quiso probar su ventura, y á la *primera postura* se quedó sin un ochavo.

—¡Gran Dios—esclamó—ese pillo me dejó sin blanca al fin.

¡Y ya está el pobre Agustín sin un cuarto en el bolsillo!

—Pues señor, el tiempo escapa —dijo: y es grave el asunto: salió á escape y volvió al punto, ¡pero ya volvió sin capa!

Jugó, ya más animado, y empezó á sufrir derrotas, puso á una *sota*; ¡las *sotas* le dan muy mal resultado!

Pone al *rey*; ya casi es ley que gane, pero perdió. (Por eso ahora, como yo, no tiene *fé en ningún rey*.)

«Al caballo,» y a *tendido galope* un duro se lleva «Al *dos* le ha tomado» Nueva postura «Al *as*,»

Dice: Al *entrés* estos tres— repite—y hago jugada! salen las cartas y ¡nada! también pierde en el *entrés*.

Pues, señor, esto es atroz —gritó,—el juego se me enreda. Ya acabé, ¡ya no nó me queda más metal.... que el de la voz!

Y al ver limpios sus bolsillos pensó:—¿Qué hacer? ¡voto vá! Marchó y volvió, pero ya sin reloj y sin anillos.

Jugó de ganar seguro, pero perdiendo, quedó sin anillos, sin reloj, sin la capa ¡y sin el duro!

De salir no hallaba modo del compromiso funesto; pensó en otra prenda y presto fué á empeñar su sobretodo.

Y en menos de un *santi-amen* dió colmo á sus desventuras, mejor dicho, en *dos posturas* perdió el *paletó* también.

Ya estaba á perder el seso nuestro Agustín de dolor, cuando llegó un inspector y: ¡alto, todo el mundo preso!

Pero no se si *Sofía* ó una *virgen* le inspiró, el caso es que se escapó burlando á la policía.

Y de aquella turba ingrata al querer huir ligero, perdió en la fuga, el sombrero los lentes y la corbata.

En su carrera dejando tendido al que tropezó, como que tanto corrió llegó al teatro sudando,

y aturdido vió salir del brazo de otro á *Sofía* y hasta oyó que le decía:

—¡Ha hecho bien en no venir!

Lo oye el pobre, arruga el ceño, ve al amante, lo separa, y ¡zas! le llena la cara.... ¡de papeletas de empeño!

EMETERIO GALLO.

RETAZOS

Amaste á una mujer perdidamente
Que despues de jurarte su cariño,
Dando pruebas de obrar muy cuerda-
mente

Trocó tu amor de niño
Por el práctico amor de un millonario;

Te asombras, te enfureces.... poco á poco,
 En ello nada veo de extraordinario
 Pese á tu duelo y tu pesar profundo;
 Los hechos de esa clase ¡pobre loco!
 El mundo los aplaude.... ¡viva el mundo!

—
 Ten en cuenta que siempre el hombre honrado
 Sufrira de la suerte los rigores,
 En tanto que al inepto y al malvado
 Se prodigan la gloria y los honores;
 Verás triunfante el dolo y la codicia,
 La virtud humillada,
 En auge el impudor y la malicia,
 La buena fé por todos despreciada....
 ¡Si el cuadro es de un realismo formidable
 Culpa á la sociedad, que es la culpable!

—
 El bien que puedas háztelo á ti mismo
 Y correrá tranquila tu existencia;
 Haz norma de tu vida el egoísmo
 ¡Ya verás como calla la conciencia!

ENRIQUE RUIZ.

Alfilerazos

Dijo *El Imparcial* que la mayor parte de los fabricantes de Manresa son conservadores.

A lo que contesta *La Unión Católica*:

«Sepa *El Imparcial* que no es exacto que los fabricantes de Manresa sean en su mayoría conservadores: son en su mayoría, carlistas.»

Pues es peor el remedio que la enfermedad.

—
 Dice *La Fé*:

«Si nosotros cojieramos el manubrio electoral....»

El manubrio ¿eh?
 ¡Valiente sinfonía darian ustedes al país!
 Y cómo los haríamos bailar al son de su propia música!...

—
 Pregunta *Las Ocurrencias* á *El Imparcial*:

«¿Qué ha sido de aquella indignación general por la solución de la última crisis?

Aun no es tarde, hermano.

—
 Siguen ocupando sus puestos los representantes diplomáticos colocados por el señor Sagasta.

Lo mismo hicieron los conservadores cuando entró éste en el gobierno.

Y hacen perfectamente.

El que á hierro mata á hierro muere.

Nada de dignidad.

La dignidad estorba y no deja hervir el puchero.

—
 El maná del siglo XIX.

Un periódico turco, el *Trarik*, publica una carta de Diarbekir que refiere que durante una larga tempestad que descargó sobre los pueblos de Melesa y Muhal cayó continua lluvia de granos de mijo.

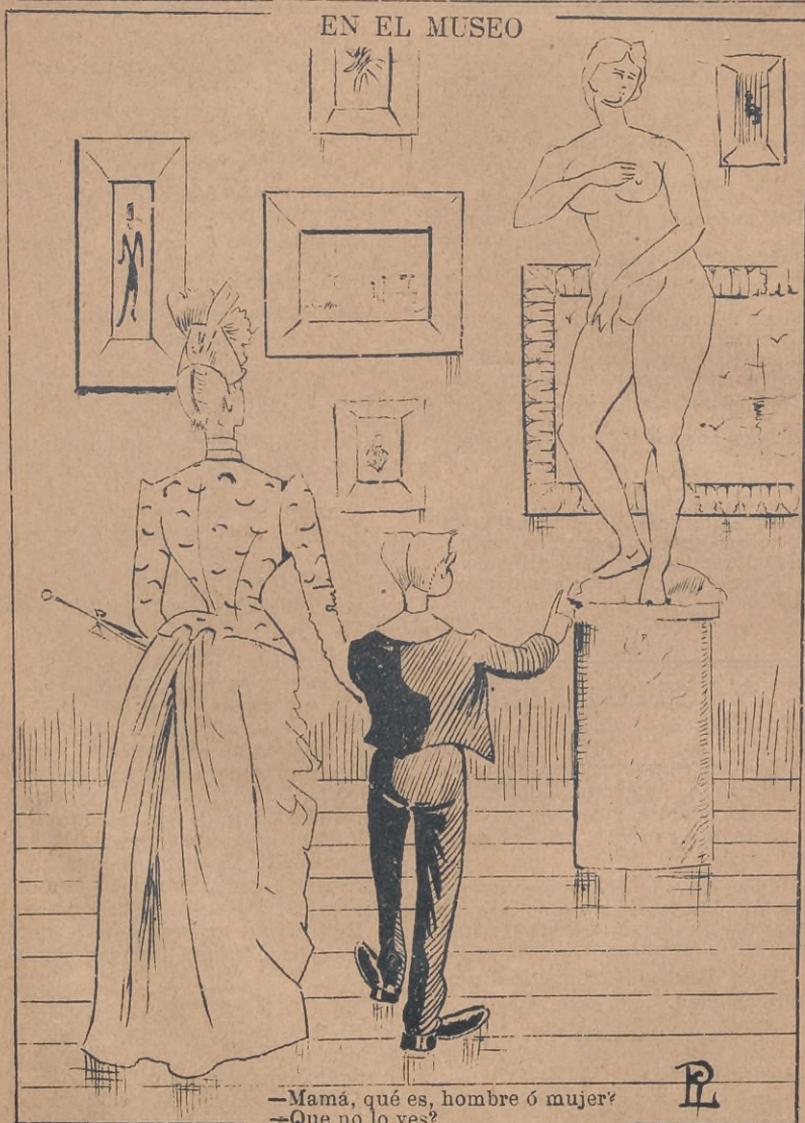
Esta providencial cosecha ha sido cuidadosamente recogida y constituye hace tiempo el plato del día de los habitantes de la comarca.

De fijo que en aquel país venturoso no dominan los conservadores.

—
 Se dice que el emperador de la China vive bajo una continua amenaza de asesinato.

Parece que uno de los favoritos que bebió el contenido de una taza

EN EL MUSEO



—Mamá, qué es, hombre ó mujer?
—Que no lo ves?
—Como no vá vestido....

R

TRIBULACIONES



—¡Si no fuera porque no puedo abandonar el punto...

de té preparada para el emperador á muerto después de horribles sufrimientos.

Entre tanto Rusia avanza por el Norte y Francia por el Sud.

Dicen además que el tesoro está vacío.

A esto sí que pudiéramos llamar: *Las tribulaciones de un chino en China.*

¡Ni que mandara allí Cánovas, que viene á ser una cosa así como la síntesis de todas las calamidades.



¿Se han enterado nuestros lectores de los acontecimientos de Melilla?

Cualquier mal intencionado sumaria este hecho con las huelgas de Manresa, con los alborotos de Valencia, etc., etc., etc., y exclamaría:

¡Oh, pacífica dominación conservadora! Dios te conserve muchos años... fuera del poder.



Han llegado ha esta ciudad la friolera de 50 caballos del escuadrón del 14.º tercio de la guardia civil, permanente en Madrid.

Después dirán que no se toman precauciones.

Porque esta fuerza será para impedir... la entrada del cólera.

Estamos salvados.



A la hora de cerrar esta sección se nos dice que es probable que el general Martínez Campos se haga cargo del mando superior del principal durante la enfermedad del general Blanco.

Pues maldita la falta que nos hace.

Sabemos pasar perfectamente él.

Dios que le guie por buen camino.

CORRESPONDENCIA

F. F. y A.—Barcelona.—*Que si se la publico?—Vaya si se la publico. Ahí va.*

MALDITO SEAS

Envuelto en verde caftan
De este modo Alís se espresa.
Poniendo su blanca mano
Del serrallo en una reja:
Enamorado está el moro
De una circasiana bella,
Cuyos labios de coral,
Si cautivan, embelesan.
Dentro del harém se oían
En alegre zamba y fiesta,
Arpas de ébano y marfil,
Con voz de doradas cuerdas,
Un espíritu traidor,
Que por los jardines vuela
Con las alas de ave nocturna,
Con graznidos que son quejas,
—Toma, le dice una voz,
Toma este cordon de seda,
Miralo que es tu dugal,
—Y Alís contestó Maldito seas.

F. F. y A.

F. C. V.—Sevilla.—*Algo se publica. Igorrote.*—Teruel.—*No sea V majadero y continúe haciendo cuerda por que para poeta no sirve V. mayormente.*

Antonio Antoñito.—Badajoz.—*Se conoce que mide Vd. los versos con la vara y ahora se usa el metro.*

Chupacirios.—Valencia.—*No me resultan por indecentes.*

A. S.—idem.—*Lo mismo digo.*

Cataclismo.—idem.—*Verdaderamente son un cataclismo sus descomposiciones poeticas.*

R. C. S.—Barcelona.—*No hacemos caso de las cartas que no vienen firmadas.*

Redoblante n.º 5.—idem.—*Sirve.*

A. M.—idem.—*El primero resulta pero el segundo decae bastante.*

Quedan varias cartas por contestar.

El Abogado Popular

CONSULTAS PRÁCTICAS

dederecho público, civil común y foral, mercantil, penal y administrativo.

REGLAS

*para la aplicación de las leyes á la mayor parte de los actos
de la vida humana, y*

MODOS

de defenderse personalmente ante los tribunales

por

PEDRO HUGUET CAMPAÑA

Ningún libro hasta la fecha se ha publicado de tanta necesidad y provecho para los Sres. Procuradores causídicos, y Jueces y Secretarios de Juzgados Municipales como **El Abogado Popular**.

Por medio de consultas escritas en lenguaje sencillo se explica, desarrolla é interpreta los preceptos de las leyes á cuya obediencia están sujetos todos los ciudadanos y se dá solución á los principales casos arduos que pueden ocurrir.

El Código Civil, que tan radical reforma acaba de introducir en la legislación común, se halla íntegramente expuesto y aplicado á la práctica, con amplitud y sencillez tales, que no es menester mas que consultar el libro para abarcar y comprender sin dificultad dicho novísimo é interesante cuerpo. Así mismo, el derecho foral de aquellas regiones que han logrado conservarlo, está contenido en el libro por método tan fácil, que hace innecesario acudir, con el trabajo que requiere, á esa multitud de pragmáticas, constituciones y privilegios en que se encuentra difusamente derramada. Y lo que decimos del Código Civil y del Derecho Foral, decimos del Código Mercantil, del Penal, de las leyes de Enjuiciamiento.

Acrece su valor un completo Formulario referente á todas las cuestiones civiles mercantiles y criminales de jurisdicción voluntaria. Todavía hay más; y es una abundantísima colección de Aranceles, donde se determinan los honorarios y emolumentos que devengan actualmente los funcionarios, las oficinas del Estado, notarios, peritos, arquitectos, ingenieros, parrócos, agentes, etc., etc.

Por fin: completa el libro una serie de interesantes apéndices.

De venta en la Administración de esta revista.

Precio: 8 pesetas

No se sirve ningún pedido si no va acompañado del importe.

Remitiendo un sello de 75 céntimos, se enviará el ejemplar certificado.

FRASES



Te veo hesugo.

LA COMEDIA HUMANA

Revista festiva, literaria, política é ilustrada

CONTIENE

ARTÍCULOS, POESÍAS, CRÍTICAS Y CHISTES

de nuestros principales literatos

Caricaturas y Retratos

de nuestros primeros dibujantes

Precios de suscripción

Provincias: — Por series de 10 números 1'25 pesetas

Agente exclusivo en Madrid para la venta de LA COMEDIA HUMANA

D. JULIAN RODRIGUEZ

Kiosco de la Universidad, plaza de Santo Domingo

Administración: — San Pablo, 66, 2.º — BARCELONA

